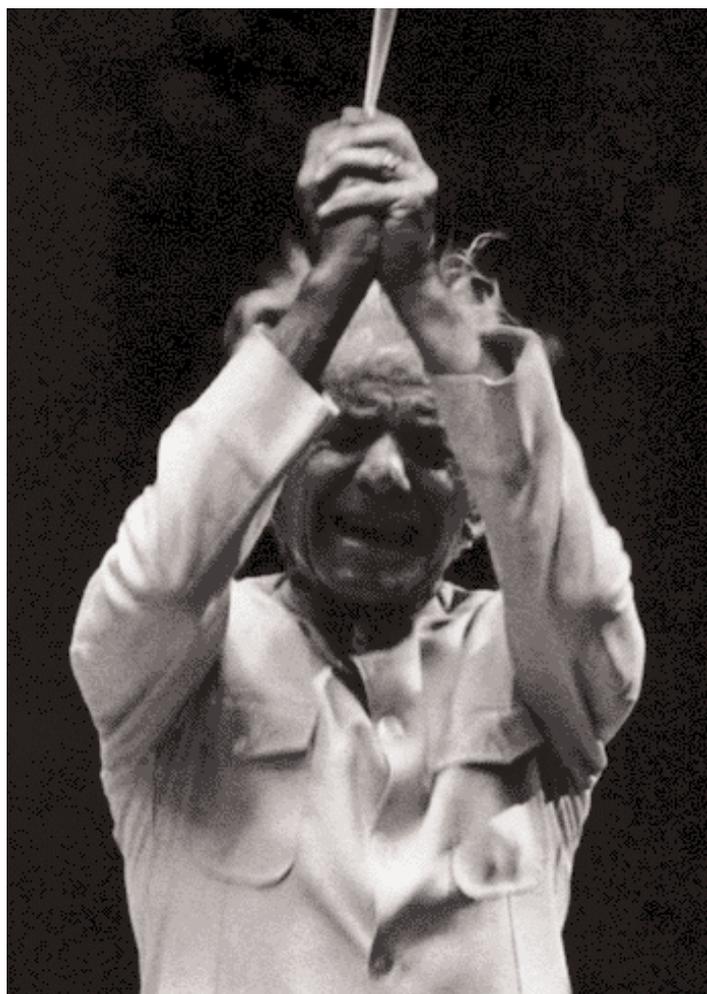
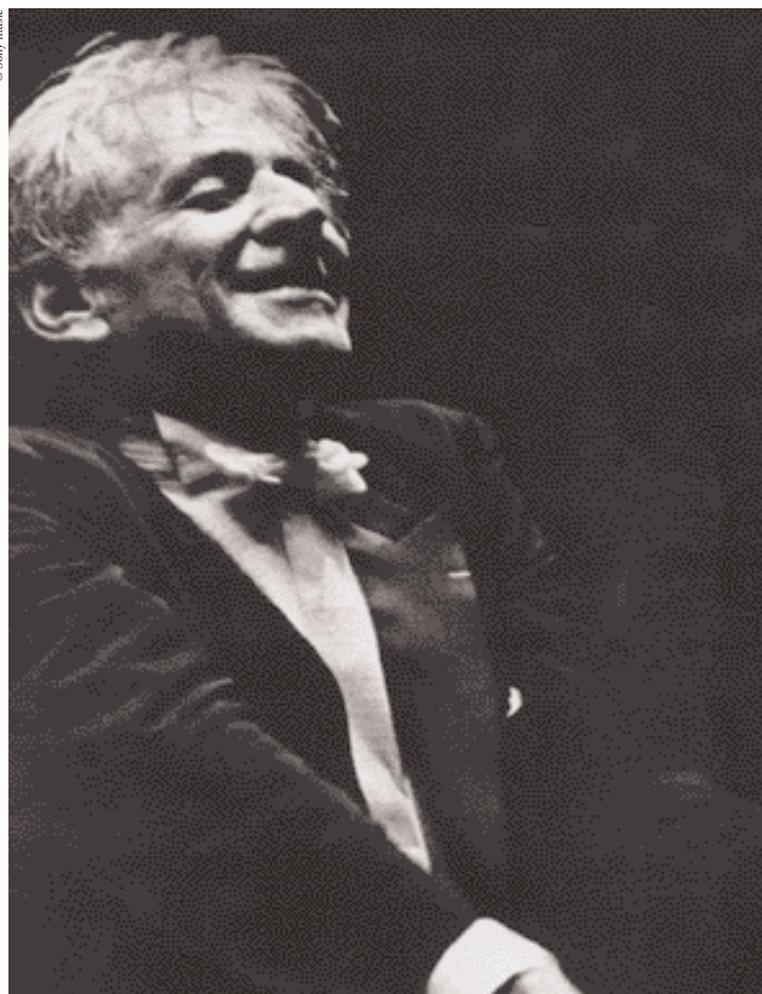


Perfiles del sonido: *Leonard Bernstein (1918-1990)*

Héctor Vasconcelos



A Leonard Bernstein le gustaban las palabras casi tanto como las notas —o los muchachos. Lo recuerdo, en sobremesas guajuatenses o en su departamento en Central Park West, recitando pasajes enteros del *Rey Lear* o de Lewis Carroll. Eran legendarios los juegos de palabras en los que involucraba a sus amigos: toda suerte de asociaciones y derivaciones con los vocablos más recónditos de la lengua inglesa. Para ser su amigo, había que tener en la memoria los cuartetos de Eliot, tanto como los de Beethoven.

Le gustaba, también, usar el lenguaje para otra de sus pasiones: manifestarse en defensa de sus causas predilectas: la proscripción de las guerras; el liberalismo de izquierda; la función pedagógica y moral de la música; la libertad sexual... Entre todos los músicos que he conocido, Bernstein era el más literario. De no haber sido músico, habría probablemente seguido la vocación por el lenguaje que el profesor Harry Levin había despertado en él cuando era estudiante en Harvard. El mejor testimonio de sus preocupaciones músi-

co-literarias es el libro *La pregunta sin respuesta*, recopilación de las conferencias de la Cátedra Charles Eliot Norton que impartió en su *alma mater* durante los años setenta.

Bernstein era el artista/intelectual norteamericano por antonomasia. Durante un largo instante, encarnó a un tipo de personaje peculiarmente estadounidense: erudito pero antisolemne; cultivado en extremo, pero totalmente informal. Para nada un *Herr Professor Doktor*; aunque más sofisticado intelectualmente que otros muchos.

Su talento era más obvio y deslumbrante que el de otros músicos. Era alguien poseído por la música —compositor, maestro, director, pianista— con una naturalidad sin par. Este “supermercado musical”, como lo llamara Stravinsky, llevó al teatro musical norteamericano a su máxima expresión: *West Side Story* quedará quizá como el gran clásico del género. Ahí, la sofisticación rítmica, de inspiración stravinskiana, y la riqueza armónica, no excluyen una inventiva melódica, seductora y tarareable. Y la vena literaria de Bernstein se manifiesta fatalmente: la trama de la obra es, por supuesto, *Romeo y Julieta* en Manhattan.

Pero su versatilidad llegó a actuar en su contra. Una vieja ocurrencia, entre músicos, ha sido decir que Bernstein era “el mejor director de orquesta... entre los compositores; el mejor compositor... entre los directores de orquesta; el mejor director de orquesta... entre los pianistas; el mejor pianista... entre los directores de orquesta”. A pesar de ello, es indudable que, como director, ascendió a los estadios supremos de la interpretación musical: su Stravinsky, su Tchaikovsky y, sobre todo, su amado Mahler, fueron insuperables. También lo fue, sorprendentemente, su Haydn.

Cuando lo invité a dirigir en el Festival Internacional Cervantino, su agenda estaba llena para los siguientes tres o cuatro años. Sin embargo, me dijo: “un *Harvardman*

no le falla a otro *Harvardman*”. Y vino. La bonhomía de Bernstein era tal que cuando, en alguna ocasión, mi perro, Axel, a la sazón un cachorro, se desahogó parcialmente sobre su pantalón, no pareció ofenderse. Nos reímos, y nos llevamos a Axel... a Guanajuato. Su capacidad para el juego, su espíritu lúdico, hacía de él un padre en verdad excepcional. A pesar de la orientación básica de su sexualidad, poseía una sorprendente capacidad para la vida familiar y para la comunicación con sus tres hijos, con quienes compartía todos los aspectos de su vida. Durante los años sesenta y setenta, él, y su talentosísima esposa Felicia (a quien había conocido en casa de Claudio Arrau), presidieron un hogar que fue el centro mismo de la sofisticación artística y social de Nueva York. Ahí coincidían las Panteras Negras y Mrs. Vincent Astor, Jacqueline Kennedy y Jimi Hendrix. En referencia a una fiesta en esa casa (cuya sala principal se transformó más tarde en un enorme salón chejoviano de fines del siglo XIX), Tom Wolfe acuñó el término *radical chic*.

Los Estados Unidos son un continente en el que caben dos antípodas: *small town America* es el ámbito más provinciano y constriñente que pueda concebirse en Occidente; pero también cabe en ese país la Norteamérica de Manhattan, Los Ángeles, San Francisco o Miami que son segura-

mente los espacios más tolerantes y diversos que han existido desde las postrimerías del Imperio Romano, o al menos desde el Berlín de Weimar. La intelectualidad judía del Upper West Side o de Soho es probablemente la *intelligentia* más sofisticada y representativa del tardío siglo XX (en Harvard, quienes de ahí provenían ocupaban siempre los lugares académicos más distinguidos). Aunque haya vivido en Park Avenue y después en el famoso edificio Dakota, en el que John Lennon fuera asesinado, Bernstein encarnaba esa cultura. Personificó, como pocos, ese ambiente de ausencia total de convencionalismos y prejuicios, *relax* poblado de *Angst* existencial e infinita curiosidad intelectual. Un mundo imbuido de Freud, Brecht, el expresionismo abstracto y la danza de Martha Graham. Precisamente porque habitaban un mundo poscristiano, estos artistas solían hacer alusión, metafórica y nostálgicamente, a Dios. No sería exacto decir que Bernstein era un hombre que pertenecía a la vanguardia: venía de regreso de ella.

Desde que murió, no he podido menos que sentir algo que es un lugar común decir cuando muere un “gran hombre”: el mundo es un sitio más pobre porque Lenny Bernstein no está ya entre nosotros. ■

El presente texto forma parte del libro *Perfiles del sonido* que publicará en breve el Fondo de Cultura Económica.

